

EL ESTADO DE INDIA¹

Dada la extraordinaria proliferación de historiadores y corrientes historiográficas registrada en India en los últimos tiempos, resulta asombroso que la de Ramachandra Guha sea la primera historia nacional propuesta desde que el país se independizó. Tal y como él mismo señala, se suele asumir sin problemas que la historia contemporánea de India se detiene precisamente en 1947. Desde entonces se han propuesto, claro está, muchos análisis de la trayectoria del país, pero éstos han tendido a centrarse en instituciones o temas específicos como el comunismo, los partidos políticos (especialmente el Congreso Nacional Indio), las castas, el campesinado, el regionalismo, el proceso de urbanización, etc. Los historiadores por su parte han tendido a centrar sus trabajos en las rupturas y continuidades con respecto a la era colonial así como en el movimiento nacionalista en su etapa formativa de 1857-1947, mientras que la tradición generada en torno al grupo *Subaltern Studies* trabaja fundamentalmente en la escala de lo micro, a menudo a escala de la aldea. *India after Gandhi* constituye pues una auténtica ruptura en la historiografía india: un repaso de 900 páginas a la trayectoria poscolonial del país. Guha nos propone un recorrido por los acontecimientos políticos, las innovaciones culturales y el ocio popular a escala regional y nacional. El producto final resulta mucho más limitado que todo esto, pero en cualquier caso útil y ameno. Escritor prolífico, Guha se estrenó en 1989 con *The Unquiet Woods* [Los bosques inquietos] producto de su investigación doctoral sobre la historia social y ambiental de los bosques del Himalaya. Desde entonces ha publicado media docena más de trabajos sobre el tema, incluida una historia del ecologismo, y otros tantos sobre cricket. En *India after Gandhi*, nos presenta su reflexivo estudio sobre el periodo en una prosa lúcida y fluida.

Una de las razones del subdesarrollo de la historiografía india radica en las constricciones estructurales bajo las que se ha tenido que desarrollar. Las fuentes documentales rara vez se ponen a disposición de los investigadores; existen pocas colecciones de documentos privados y su acceso

¹ Ramachandra Guha, *India after Gandhi: The History of the World's Largest Democracy*, Londres, Macmillan, 2007, 900 pp.

es muy limitado; aún más escasos son los fondos documentales de partidos, sindicatos y organizaciones políticas de otro tipo. Guha ha consultado cuantos documentos le ha sido posible en archivos y bibliotecas de todos los rincones de India o diseminados por todo el mundo: archivos británicos para la primera parte del libro, estudios e informes oficiales, versiones publicadas de los discursos y escritos de varios políticos, además de importantes documentos de archivos privados, como los de C. Rajagopalachari, el general Thimayya y P. N. Haksar. No obstante, la práctica indisponibilidad de fuentes documentales convencionales sigue suponiendo una carencia importante.

Tampoco puede el historiador nacional apoyarse con suficiente solidez en fuentes secundarias. Como escribe Guha:

La República de India es una unión de veintiocho estados, algunos de un tamaño mayor que Francia. Y ni los más grandes de ellos han visto puesta por escrito su historia [...] India ha dado empresarios absolutamente visionarios y dinámicos, pero las historias de las instituciones que crearon y la riqueza que generaron tampoco se han escrito. No contamos con biografías que hagan justicia a figuras clave de la historia moderna y contemporánea, como Shayj Abdullah, el Maestro Tara Singh o M. G. Ramachandran, líderes de ámbito «provincial» cuyas respectivas provincias superan en tamaño a la mayoría de los grandes países europeos.

Para tratar de suplir estas carencias, Guha ha empleado exhaustivamente como fuentes, especialmente para el periodo posterior a 1989, todo tipo de publicaciones periódicas indias, estadounidenses y británicas. De hecho, a menudo se adivina en su narrativa la mano de expertos en India, en forma de comentarios y observaciones que no resultan especialmente lúcidos ni interesantes. En su excesiva dependencia de los testimonios periodísticos el autor ve además limitadas sus posibilidades a lo publicado en inglés. Para un país con semejante diversidad lingüística, la historia de Guha probablemente se hubiera visto enriquecida por la información que en idiomas regionales recogen testimonios periodísticos, biografías y memorias.

Pero ¿cuál es esa historia? Guha no ofrece ninguna tesis general que explique cómo la India de 1947 ha llegado a ser la de hoy. Sí nos propone, en cambio, una narración en la que los acontecimientos políticos se urden hábilmente con los procesos socioeconómicos y culturales. El camino se ve jalonado por los interesantes perfiles de toda una serie de figuras políticas, a menudo perfiladas con humor. De vez en cuando se tiene la sensación de que abusa algo de esta estrategia, si tenemos en cuenta que, exceptuando a Nehru, Patel, Shayj Abdullah, Indira Gandhi o Jayprakash Narayan, muchas de estas figuras no revistieron la preponderancia que dicha estructura prosopográfica atribuye a los líderes de los partidos. Otras fuerzas y estructuras sociales se ven inevitablemente difuminadas, a la postre en detrimento de las respuestas que Guha ofrece para las dos preguntas básicas de su trabajo. Primero ¿cómo se explica que la India poste-

rior a la partición, con su pluralidad de lenguas, culturas, religiones e identidades étnicas haya sido capaz de sobrevivir como Estado-nación unificado? Y, en segundo lugar, ¿cómo ha podido una tierra tan vasta, pobre y populosa funcionar desde entonces como una democracia que, como escribe Guha citando a Sunil Khilnani, ha supuesto «la cabeza de puente de una libertad efervescente en en el continente asiático»? La doble supervivencia de la unidad nacional y la democracia es, siguiendo a Guha, el aspecto más notable de la historia de la India independiente, por lo que el autor cita a numerosos analistas (británicos y estadounidenses en su mayoría) que supusieron que sin ellas esta «nación antinatural» caería presa de la balcanización o la dictadura. Éstas son, claro está, preguntas cuya envergadura histórica Guha no contesta realmente, como tampoco hace con las siguientes: ¿qué tipo de democracia sobrevivió? ¿de acuerdo con qué reglas se organizó ésta y con el ascenso de qué líderes? O ¿qué clase de Estado forjaron los líderes del Congreso a partir de la descolonización y la partición? Lo que sí se ofrece es un relato claro y sintético del curso de los acontecimientos.

El libro comienza con una caracterización general de la época del dominio colonial, los movimientos nacionalistas y la dinámica política de diferenciación que desembocó en en el establecimiento de dos Estados modernos, India y Pakistán, en el subcontinente. Una de las virtudes cardinales de *India after Gandhi* es su pleno reconocimiento del terrible trauma que supuso la partición, cuyas cicatrices recorren ambos países aún a día de hoy. En dos capítulos excelentes se exponen el éxodo de los musulmanes de la India, los enormes problemas del establecimiento y rehabilitación política de los refugiados del este y el oeste de Pakistán y las subsiguientes experiencias de las propias poblaciones desplazadas. Guha describe también los procesos que llevaron a la absorción por parte de la República de más de 500 principados que, sostenidos por el poder británico, venían ocupando desde antaño casi un tercio del país y con los cuales el Congreso tuvo que emplear la persuasión, el soborno o, con los más recalcitrantes, la simple y llana coerción. También se dedica un largo capítulo a la región de Cachemira incorporada al nuevo Estado indio merced a un acuerdo con su corrupto y vituperado maharajá y en contra de los deseos de la población cachemira, mayoritariamente musulmana; la firme resistencia de los estados del nordeste al poder de Delhi se cubre con menos detalle.

El proceso de redacción de la Constitución india, con el consiguiente establecimiento del sistema electoral mayoritario que instalaría en el país durante toda una generación una «democracia unipartidista», se trata en un capítulo que, siendo bueno, resulta bastante acrítico. Por otra parte se ofrece en él un lúcido relato de las luchas políticas en torno al establecimiento de estados definidos según una base lingüística, a través de una hábil contextualización de la diversidad que acompañó al joven Estado en el periodo inmediatamente posterior a su independencia en 1947-1948. Los mejores pasajes se dan en su tratamiento de los años de Nehru, en parte por una cuestión de simpatías personales pero, lo que es más importante, porque

las fuentes disponibles para el historiador son mucho más generosas para este periodo. La historia se organiza fundamentalmente en torno a las aventuras y desventuras del Partido del Congreso –en realidad en torno a la hegemónica dinastía Nehru-Gandhi– hasta el asesinato del ex primer ministro Rajiv Gandhi en 1991. Inevitablemente se favorece así la conocida imagen de gradual decadencia generacional: al idealista Jawaharlal y la testaruda Indira siguen el criminal Sanjay y el oportunista Rajiv, aunque el curso de los acontecimientos complica esta narrativa. Guha nos ofrece una útil descripción de los tratos de Nehru con el popular líder de Cachemira, su otrora amigo y aliado Shayj Abdullah, a quien haría encarcelar durante diez años por plantear la independencia de la región. No pasa de puntillas sobre la negativa del gobierno a aceptar los llamamientos de la ONU a favor de un plebiscito Cachemira, ni sobre el ingente despliegue de tropas indias en el estado y las subsiguientes brutalidades. Cubre los proyectos nehrunianos de desarrollo industrial e infraestructuras, desde las famosas construcciones de presas hasta la timidez de los intentos de reforma agraria que dejaron casi intacta la lamentable situación de los jornaleros y arrendatarios de las castas más bajas. De manera similar recoge cómo la propuesta de un código civil unificado para toda India tuvo que ceder ante formulaciones legales más personales y heredadas del poder colonial en connivencia con los privilegios patriarcales. Guha describe de manera escalofriante los métodos de contrainsurgencia desplegados en el noroeste contra el movimiento independentista de Nagaland en la década de 1950. Estos incluían el uso, que Samuel Huntington propondría diez años después para Vietnam, de aldeas estratégicas que rompieran los vínculos del medio rural con los guerrilleros de Phizo. Otro punto especialmente bajo sería el derrocamiento desde el centro del primer gobierno electo en manos del Partido Comunista de la India en el estado de Kerala en 1959.

India after Gandbi también sigue con cierto detalle las escaladas de tensión registradas con China en relación con asuntos fronterizos, al reivindicar el gobierno de Pekín tierras al oeste de su frontera que la British Commonwealth Office había asignado a India, y con el aserto de Delhi de la propiedad de cadenas montañosas del este, que los conquistadores *han* del Tíbet reclamaban para China. Guha relata de manera interesante cómo Nerhu declinó en 1959 la oferta de Zhou Enlai de intercambiar el Este por el Oeste, así como la debacle de la derrota militar de la India en la guerra de 1962, cuando el enormemente más numeroso ejército chino optó por la provocación tomando posiciones en los altos de las montañas. Aquella humillación acabaría por hundir a Nehru, que por entonces rondaba los 70 años y que moriría dieciocho meses después siendo sucedido en el cargo de primer ministro por su hija Indira, tras un breve interregno del anciano Lal Bahadur Shastri.

La tendencia de Guha a concentrarse en las personalidades oculta el hecho de que muchos de los problemas que surgieron al gobierno de Indira Gandhi desde 1966 constituían parte del legado de su padre. Recién aceptada la partición, el mantenimiento de la unidad del Estado pasó por ocu-

paciones militares en Cachemira y el nordeste que suprimieron movimientos populares independentistas; tras la guerra con China el ejército se vería desmesuradamente desarrollado, mediante un programa de rearme masivo. Guha no destaca con claridad que, para haber sido efectivas, las políticas nehrunianas de desarrollo hubieran requerido reformas sin precedentes en el reparto de la tierra que elevaran los niveles de vida lo suficiente como para crear un mercado interno floreciente, junto con una inversión generosa en educación, sanidad, etc. Sí observa que los niveles de alfabetización habían decaído respecto a 1947, cuando la república se acercaba al 25 aniversario de su declaración, hasta alcanzar un 18 por 100 en las mujeres y un 4 por 100 en Bihar. La Revolución verde no benefició a más de un 10 por 100 de los productores agrícolas, fundamentalmente procedentes de las denominadas «castas medias-bajas» (u «otras clases atrasadas» [*other backward classes*], de acuerdo con la denominación oficial). La inexistencia de un proyecto de reforma agraria trajo consigo una explosión de revueltas campesinas en la década de 1960, entre las que destacan la de Naxalbari y los levantamientos naxalitas liderados por maoístas en todo Andhra Pradesh, Telengana y Orissa. Bajo las constantes acometidas de la izquierda y de partidos regionales que se pertrechaban de candidatos estrellas de cine y canales de televisión en el idioma local, el voto del Partido del Congreso se atrincheraba protegido en el sistema electoral nacional, obteniendo, por ejemplo, una mayoría de 54 escaños en el Lok Sabha cámara baja del parlamento nacional. Pero las presiones a nivel provincial eran cada vez más fuertes.

Los resultados electorales de Indira Gandhi mejoraron con la oleada de fervor nacionalista que siguió a la crucial intervención militar india en la división en 1971 de Pakistán, «apoyando» al recién creado Estado independiente de Bangladesh para infligir así una derrota a Islamabad, pero también para asegurar la frontera de Bengala occidental. Indira, tal y como recoge Guha, sería entonces objeto de veneración por parte de los partidos de la derecha, quienes la erigieron en diosa conquistadora mientras ella conseguía una mayoría de dos tercios en el Lok Sabha. Por otra parte, la incapacidad de operar mejoras sociales tangibles conllevó el incremento de las huelgas y las protestas al calor del aumento exponencial del desempleo y la inflación. Mientras, la señora Gandhi, acuciada por acusaciones de corrupción electoral, iría recurriendo gradualmente a tácticas cada vez más contundentes. Para Guha, su declaración del estado de emergencia en 1975 no constituyó una ruptura respecto a prácticas pasadas, sino una profundización, que contrastaba con los intentos de Nehru, interrumpidos pero honestos, de promover un *ethos* democrático en una sociedad jerárquica. También da cuenta del leal silencio de la burocracia y del apoyo del mundo de los negocios, así como de los grandes medios de comunicación, en cada sucesivo aplastamiento de las protestas de los trabajadores. De las razones de la súbita suspensión del estado de emergencia en 1977, seguida de los tres años en el vacío político de Indira Gandhi, comenta sólo que sus documentos permanecen cerrados y probablemente siempre lo estén.

De manera telegráfica se delinear los efectos que sobre el paisaje social del país tuvo el aumento de las desigualdades regionales y de clase: el crecimiento de centros dinámicos en la región de Tamil Nadu o en el Uttar Pradesh en el oeste, mientras las zonas rurales de Orissa y Bihar se estancaban. Al mismo tiempo, las castas rurales en auge, beneficiadas por la introducción de la agricultura comercial o el traslado de las castas más altas a las ciudades pugnaban por obtener más recursos de los programas gubernamentales de «acción afirmativa». Según sugiere Guha, las tensiones sociales influyeron de manera importante en la radicalización de los sijs del Punjab, a manos de cuyos exponentes más extremos acabaría muriendo Indira Gandhi en 1984, en un acto de venganza por la destrucción por el ejército del Templo Dorado. Con el progresivo declive de las perspectivas económicas, en los cinco años subsiguientes, los del mandato de Rajiv Gandhi, se iban haciendo cada vez más frecuentes los gestos dirigidos a las reacciones religiosas, como la ceremonia organizada al poner el primer ladrillo del templo de la ciudad sagrada de Ayodhya, y la tendencia a flexionar los músculos de la hegemonía militar regional. El gobierno de Rajiv enviaría 48.000 soldados indios a luchar contra los Liberation Tigers of Tamil Eelam, o Tigres de Sri Lanka, y él mismo murió en un atentado suicida de los Tigres Tamiles durante la campaña electoral de 1991. El Partido del Congreso capitalizó lo suficiente la consecuentemente lástima por parte del electorado como para que el gobierno de Narasimha Rao estableciera las bases del programa neoliberal que en buena medida explica la trayectoria del país hasta hoy.

El lugar central que *India after Gandhi* concede al Partido del Congreso, que tiende a concebir la mayor parte de los demás fenómenos políticos como retos al *ethos* liberal-centrista nehruniano, conduce a una inevitable discontinuidad de la estructura narrativa una vez que el Congreso deja de ser el actor político decisivo en el tablero estatal y central. Para la narración del periodo de 1990 en adelante se recurre a una cobertura temática y las citadas fuentes periodísticas. Bajo el epígrafe «Derechos», se examinan las luchas en el seno de las castas, las insurrecciones de izquierdas y los movimientos de autonomía e independencia regional. Las historias de estos conflictos en el sur se cuentan convincentemente, detallándose con habilidad sus derivaciones radicales, a veces tan desconcertantes. También se relatan claramente las insurrecciones Naga, aunque las complejidades de la política de identidad de Asma, Manipur y Mizoram quedan algo ensombrecidas.

Un capítulo sobre «Revueltas» cubre los episodios relativos a la violencia comunal, hasta la carnicería antimusulmana de Gujarat en 2002. Según defiende Guha, esta masacre y el asesinato de sijs en 1984 en el Punjab son los únicos pogromos a los que ha asistido la India, y ambos fueron instigados por el poder: el primero de ellos por Narendra Modi, cuando aun era primer ministro de Gujarat y el segundo auspiciado por Rajiv Gandhi. «Revueltas» explica toda una serie de aspectos acerca de la violencia étnica en India, especialmente como manifestación del nacionalismo hindú, pero el libro adolece de una exposición clara sobre la naturaleza del movimiento

Rastriya Swayamsewak Sangh, fundamental para la derecha hindú, así como de las actividades de las organizaciones de base que ha generado. Sus estrategias de movilización y el particular salvajismo desplegado contra los cristianos precisan de una explicación más atenta, por cuanto han dado forma a buena parte de la política del país en los últimos tiempos. En el capítulo «Riquezas» agrupa después la estrategia estatal industrial, así como aspectos de la política de ajustes estructurales desarrollada al hilo de las directivas del FMI y del Banco Mundial, antes de concluir con un corto y poco satisfactorio capítulo titulado «El ocio de un pueblo», dedicado al cine, la música y el deporte. Una cobertura adecuada de este tema hubiera exigido acudir a la totalidad de los recursos y tradiciones culturales que el título implica. Si bien la realización completa de este proyecto resulta imposible, son tantas las omisiones a destacar que el intento resulta en su conjunto bastante cuestionable: ¿es posible una representación de la cultura india sin los cines regionales y alternativos, sin las vanguardias activas en la literatura, la pintura, la escultura, el teatro y la danza? En el análisis se habilita un espacio a la radio y la televisión, aunque este no es proporcional a su importancia histórica. El cricket, otro tema frecuentado por el propio Guha, se trata con curiosa brevedad. El autor parece hacer escasas concesiones analíticas a campos de estudio que tanto ha contribuido a establecer, lo que por otra parte puede resultar comprensible.

Sobre el tema igualmente vasto de la economía india, la reorientación de 1991 hacia políticas de desregulación y de libre mercado merece efectivamente un papel más destacado del que Guha le concede en su breve narración, pues la bifurcación de la economía india ha resultado un factor central en el desarrollo del país en los últimos quince años. Por un lado, tenemos un enorme y estancado sector agrario que concentra casi al 70 por 100 de la población y que ha visto decaer las inversiones al tiempo que, desde la década de 1990, aumentaba la precarización; por otro, un sector económico generado en torno al conocimiento, auténtico polo atractor de inversiones extranjeras y desproporcionadamente concentrado en unos pocos estados y grandes ciudades. Esto también conlleva una serie de implicaciones para el acontecimiento político más destacado de las últimas dos décadas: el surgimiento de una especie de sistema de alternancia de dos partidos, cuyos polos, el Congreso y el conservador Partido Nacionalista Hindú (BJP, Baharatiya Janata Party) han defendido un mismo modelo económico por encima de sus diferencias.

Que estos giros monumentales y complejos de la economía india contemporánea apenas se mencionen da una idea del desequilibrio entre los periodos que cubre *India after Gandhi*, pues el proyecto Mahalanobis de desarrollo industrial sobre la expansión del sistema público de la década de 1950, por ejemplo, merece un capítulo entero. Se dedica muy poco espacio a los sectores empresariales clave de las décadas de 1980 y 1990, a sus lazos globales y multinacionales, a los efectos que el establecimiento de zonas económicas especiales tuvieron sobre la tierra, los campesinos y los trabajadores, al colapso de las industrias más antiguas, a la disminución

gradual de empresas del sector público, con los consiguientes derechos reconocidos a los trabajadores, y a la precarización y feminización paralelas y crecientes detectadas en los mercados laborales, esto es, al paradójico proceso de imbricación del crecimiento económico y del aumento de los niveles de pobreza, junto con la llamativa ausencia de un sistema de previsión social efectivo. Sin embargo, se cubren de manera convincente los movimientos de las castas y sus preocupaciones, pero se pasan por alto relativamente las estructuras que dictan la suerte de los pobres del campo y de la ciudad, al igual que sus luchas políticas. Poco espacio queda para los problemas ecológicos o los movimientos tribales y populares que oponen resistencia a las talas de bosques, la construcción de presas faraónicas para controlar el cauce de los ríos, la adquisición de tierras de cultivo y los cerramientos de grandes segmentos de líneas de costa al servicio del capital corporativo. Todo ello resulta especialmente desconcertante teniendo en cuenta el papel pionero de Guha en el campo de la historia medioambiental de India.

A nivel más general y al hilo de las preguntas fundamentales de Guha, se echa en falta un análisis de las tensiones entre unidad nacional y democracia y las formas en que las preocupaciones propias de la primera, como la seguridad militar o la soberanía interna, han tendido en más de una ocasión a vaciar de contenidos la segunda. Cachemira y el nordeste presentan la cara más brutal de esta tensión, viéndose impuesta la unidad a costa de violaciones de los derechos humanos comparables a los de otros lugares del mundo, como el vecino Tíbet. No se escapan al análisis de Guha estos aspectos, sobre los que efectivamente tiene observaciones interesantes que hacer. Pero una fuerza inherente a su narración le lleva a convertir estas tensiones en obstáculos al proyecto de construcción nacional, más que como paradojas posiblemente inscritas en la naturaleza misma de este proyecto. A la larga, la unidad nacional y la democracia electoral en la India han sobrevivido asociadas. Pero, ¿significa esto necesariamente que una conlleva la otra?

Estas son cuestiones profundas que Guha desatiende no por un error casual, sino por el nacionalismo nehruniano que caracteriza la ideología del libro. Tanto el prólogo como el epílogo revisten un carácter de autosatisfacción que contrasta con la reflexividad que recorre el cuerpo del libro. Sobre la democracia india, por ejemplo, aun cuando admite que «la mayoría de los partidos políticos se han convertido en negocios familiares, la mayor parte de los políticos son corruptos y algunos incluso proceden del mundo del crimen», Guha defiende que el árbol lo plantaron los fundadores de la nación, que vivieron el suficiente tiempo y trabajaron lo suficiente como para verlo hacerse adulto. Los que siguieron, pudieron alterar y degradar dicho árbol de la democracia pero, por mucho que lo intentaran, no pudieron desarraigarlo ni destruirlo.

Hoy, cuando se refuerza el extremismo hindú y el terrorismo de varios tipos, se desmantela el sector público y dominan la política exterior las re-

laciones con Estados Unidos e Israel, la nostalgia por un pasado nehruiano idealizado (de unidad, democracia, empresas estatales, secularismo y no alineación) parece acechar no sólo a los liberales, sino también a una izquierda en tiempos muy crítica con las políticas del Partido del Congreso. No se puede negar que para un país que surgía de los atropellos genocidas que acompañaron a su traumática partición, la más mínima realización de aquella visión resultaba notable. Pero, paradójicamente, algunas decisiones de la era nehruiana traerían a la postre los más desestabilizadores resultados. Las estructuras democráticas adolecieron de un altísimo grado de centralización, para frustración de la promesa federal de la Constitución; los sistemas de representación mayoritaria redundaron en números desproporcionados de escaños, primero para el Partido del Congreso y después para el más conservador BJP. Las regiones fronterizas y los estados principescos se absorbieron con éxito sin consideración de los derechos de sus respectivos pueblos y donde tales procesos causaron agitación o movimientos secesionistas, se actuó con la crudeza de una ocupación militar. En última instancia, incluso la famosa proclamación de Nehru de que «India posee en su diversidad una unidad esencial» resultaba problemática, pues el imperativo de la unidad beneficiaba a la política de mayorías religioso-lingüística hindú-hindi. Tales líneas de continuidad en negativo no las explora Guha.

Si algunas de las debilidades del libro surgen de su particular posicionamiento ideológico, éste también justifica buena parte de sus méritos, pues más allá de todas las diferencias que uno pueda tener con él, *India after Gandhi* constituye una importante contribución al intento de evaluar la historia política más reciente del país. Dado el enorme y diverso lienzo que recorre Guha, su cobertura es necesariamente selectiva. Y al mismo tiempo es notoria la diversidad de temas que el libro toca, pues no se le puede acusar de omitir ningún evento importante. La atención a los partidos políticos, y dentro de ellos a los personajes principales, lleva irremisiblemente a la negación de otros como posibles protagonistas. Guha compone un bello prólogo sobre las coloristas ciudades de tiendas que los manifestantes de las provincias habían montado a ambos lados del Rajpath, la senda imperial que lleva a los edificios centrales del gobierno en Delhi y sobre su deseo de recoger las historias de los correspondientes grupos:

En una tienda podrían encontrarse campesinos de Uttarkhand, en el Himalaya, que quieren formar una provincia separada; en otra, granjeros de Maharashtra, luchando por un precio más alto para sus productos; en una tercera, personas procedentes de la costa sur de Konka, buscando el reconocimiento oficial de su idioma.

Las gentes de estas tiendas y sus correspondientes causas cambiaban constantemente. A los campesinos de las colinas seguirían trabajadores industriales protestando contra los recortes de sus derechos laborales y salariales; los granjeros de Maharashtra darían paso a los refugiados tibetanos solicitando la ciudadanía india; tras los hablantes de konkani desfilarián monjes hindúes exigiendo la prohibición de las matanzas de vacas.

A principios de la década de 1990 el gobierno de Rao dismanteló las tiendas de manera sumaria, «preocupado por la imagen que a los visitantes extranjeros pudieran dar tan abiertas expresiones de disensión». Pero los manifestantes se reagruparon a una distancia de una milla, en una concurrida zona comercial. La policía volvió en 1998 a demoler el campamento pero, como señalaba *The Statesman*, «cambia la localización, el problema persiste. Los ocupantes van a ser desplazados a un punto desatendido del cruce de la carretera de Mandir Marg-Shankar, donde probablemente llamen menos la atención». Tanto la vitalidad y la tenacidad de los manifestantes como las previsibles cargas policiales con uso del *lathi*, un temible bastón de dos metros y medio que toma su nombre y manejo de un arte marcial, resultan igualmente informativas sobre la democracia india actual. Pese a que saludemos el nacimiento de un nuevo campo historiográfico que supone *India after Gandhi*, uno queda ansioso por leer el libro que Guha no escribió.